

MUERTE

CARACOL

Por AVE AURA

CAPÍTULO III

Modelo profesional. Rubia. 1.70

Acepto desnudo artístico

Bety. 5515237602

El anuncio está marcado con plumón, el recuadro es perfecto: líneas idénticas, equidistantes. Dejo el periódico abierto sobre la mesa. Aún tengo asuntos pendientes. Camino desnudo por el pasillo, observo mis pies, son buenos chicos, se posan sobre las puntas; no, no son afeminados, es por las baldosas que son pequeñas, de pisar firme, irremediablemente tocarían las líneas divisorias, no puedo pisar las rayas, ellos lo saben, buenos chicos.

Entro al baño, un mosquito traza órbitas indecisas alrededor del foco, espero inmóvil, como felino al acecho, y en cuanto el insecto se detiene confiado en un mosaico, Él descarga mi palma sobre el zancudo: una mancha roja queda como epitafio: ¿será mi sangre? La palabra retumba, su vibración culmina en mi párpado izquierdo: caracol, caracol.

Me lavo las manos, una, dos, tres veces y salpico unas gotas en el espejo, escurren sobre el rostro de ese otro que me mira, su párpado izquierdo tiembla. Una pulsación dolorosa me estira el escroto, giro la llave de la regadera, la cascada helada inhibe la erección. Tallo, restriego, es importante limpiar entre los dedos de mis pies, los microbios son resistentes. Caracol, caracol.

Toco mi rostro, debería rasurarme, antes lo hacía con navaja. "Bestia"; la voz femenina y ácida se repite infinita, rebota en mis

parietales y me dibuja a la cacatúa, con los labios tensos y el dedo amenazador; sólo porque Él me obligó a abrir al gato, ¿cómo se llamaba?, ¿Puffy? No, no me acuerdo. Ahora, uso un rastrillo desechable. Las navajas ya no me gustan, para rasurarme.

Bajo la mirada. Un remolino se forma en la coladera: la espuma se resiste, la corriente se la quiere llevar, pero ella se aferra al arillo oxidado; me agrada la espuma. Mi piel erizada me regresa: debo apresurarme, aún no llamo. No importa, los modelos son flojas, todavía debe de estar dormida.

Tres timbrazos. Una voz ronca, las cuerdas vocales aún aletargadas:

—Diga...

—¿Bety? —le pregunto con esa voz reverberada que siempre me ha parecido la de un extraño.

—Sí. ¿Quién habla? —contesta con atrevimiento casi déspota.

—Ah, mira, linda, soy fotógrafo de modas y me interesa muchísimo ver tu portafolios —alargo las sílabas para darle cierto suspenso.

—Ah, sí, claro... este, dime, ¿dónde nos vemos? —dulcifica el tono hasta la estridencia.

—Tengo mi estudio prestado, pero tú, ¿dónde vives?

—Mmmm, por el centro, pero...

—Dame tu dirección y yo puedo ir allá —ya tengo pluma y papel listos.

—No, mmm... ¿conoces el café del cine Metropolitano? —¿Metro

por el ano?, bromeo para mí, pero contesto en completa seriedad:

—Sí, claro, ¿nos vemos hoy mismo? —y escribo con una letra menuda, apretada, con una dramática inclinación hacia la izquierda: “Café del Cine Metropolitano”

—A las once —sus palabras se lanzan una tras otra en precipicio mortal.

—Hecho —la promesa cae. El eco repercute entre mis sienes.

—Oye, ¿cómo te llamas? —alcanzo a escuchar la pregunta, pero corto la llamada.

—¿Desconfías de mí?, ¿por qué, amor?, ¿sólo porque a Él le encantaría escuchar cómo truenan tus vértebras bajo la fuerza de mis rodillas? —le contesto todavía con la bocina en mi oreja, escuchando el tono.

A ver, saco mi maleta del clóset, vacío su contenido sobre la cama y voy guardando, uno a uno, los objetos de mi museo particular. La pólaroid, una cuerda, sábanas, un pañuelo, el cuchillo, una navaja, cinta *gaffer*, *Librium*, un cinturón, algunas postales de mujeres antiguas en poses impúdicas, amoníaco, cloroformo, un botecito con café, las esposas, una jeringa. Creo que es todo. Caracol, falta el caracol. Voy hasta la pecera, elijo uno, el más grande, lo desprendo del vidrio con cuidado, no me gustaría lastimarlo, se forma un hilo de baba, caracol, caracol, la palabra rebota dentro de mi cabeza, lo meto en un frasco y éste a su vez en la maleta. Los caracoles van por la vida arrastrándose, contraen y extienden sus antenas; ante el peligro, se resguardan en su concha, se creen protegidos, pero basta con que presiones un poco la suela de tu zapato sobre ellos para mostrarles que su escudo no era más resistente que un cascarón de huevo, y que su soberbia les costó quedar embarrados, mucosidad inservible, en el pavimento. Qué tontas

son las chicas.

Ahora mi atuendo, debo parecer un tipo serio, eso no es problema, ya lo decía la cacatúa, Esteban, eres algo serio.

Saco el envoltorio de debajo de la cama: la ropa especial. El pantalón negro, la camisa recién comprada, la última tuve que quemarla: las manchas de sangre son imposibles de limpiar; dos botones desabrochados dan el toque informal, nunca corbata, zapatos boleados, calcetines limpios, un poco de loción. Listo, estoy listo para mi cita de amor. Hoy sí será perfecta, tal como la he planeado. Aprieto el asa de mi maleta entre los dedos, tengo manos fuertes, tan fuertes como para asfixiar a una mujer.

Cierro la puerta, escucho el clic del pestillo introducirse en el hueco metálico y, aún así, empujo para comprobar que ha quedado cerrada; doy dos giros a la llave larga y dentada —me recuerda a una cordillera asiática— dentro de la cerradura; después la otra, más pequeña, cilíndrica, con una punta que se abre en dos corchetes, ésa va a la chapa de la esquina inferior. Creo que debería instalar una alarma, no sé, me siento inseguro en esta pútrida ciudad.

—Buenas tardes, me da gusto verlo —dice mi vecino.

Nos encontramos dos o tres veces al mes y el imbécil siempre me dice lo mismo: qué gusto verlo. Pues a mí no me da gusto verte, estúpido, me da asco, me das asco. Sus tenis están sucios, viste *pants* decolorados, camiseta sin mangas, trae el periódico. "CRISIS SE AGRAVARÁ" leo en el titular, me parece torpe, eso todo el mundo lo sabe, por qué no escriben de cosas más entretenidas como, por ejemplo, de la mujer que asesinaron en el barrio chino; sí, de la bajita con zapatos de tacón ancho y tiras en el empeine, la que encontraron debajo de la cama, con un brazo casi desprendido, sus huesos eran duros, claro, no tenía más de 25; los senos abiertos en flor y con su pantaleta roja taponándole la garganta, ¿cuál sería el

dictamen médico?, ¿asfixia por estrangulamiento?, ¿choque hipovolémico? Se desmayó a las primeras, intenté con amoníaco, pero ella no reaccionó. No me gustó, Él había planeado al menos dos horas de diversión, quería abrirle el abdomen y mirarla a los ojos, vaciarle las cuencas y escuchar sus gritos, darle un beso y verla vomitar. Él no es un carnicero para conformarse con destazar cadáveres. Lo enfureció su debilidad, me dijo que rebotara la cabeza de la chica contra el piso varias veces, incluso intenté darle reanimación cardiopulmonar, pero ella nunca despertó.

—¿Lo puedes creer?

—¿Qué? —me contesta el vecino.

—Que escriban sobre la crisis. Esa cabeza —señalo al periódico, pero recuerdo el mechón rubio que tengo en el bolsillo del pantalón— podría ser la de todos los días, de cualquier ciudad y siempre sería acertada —espero su aprobación y no me equivoco, ve el periódico y sonrío como un retrasado mental ante un pastel de chocolate.

—Bueno, nos vemos luego —le digo adiós con la mano y entre dientes completo—, tarado, me sorprende que sepas leer.

Cuento los escalones, siempre lo hago, cada vez que doy el último paso, suena en mi mente 38, siempre 38; puedo estar incluso pensando en alguna otra cosa, en la película de ayer: una zorra recibiendo en la boca una verga inmensa, sus manos atadas, otra mujer de tetas enormes golpeándole las nalgas enrojecidas con una paleta de madera, los gemidos que me parecieron reales, el dildo en su culo sin lubricante: cero a todo en una milésima de segundo, su aullido, mi propia verga dura y, no falla, siempre, al último paso: 38. Mi mente me sorprende.

—Oiga, le estoy hablando.

Carlos Sobera eleva la mirada con tedio.

—Necesito la vigencia para que atiendan a mi paciente —exige la mujer.

Él cierra el libro y estira la mano para recibir un papel, lo revisa sin leerlo, sabe de memoria lo que dice, sólo le interesa el número, lo teclea y la base de datos actúa con parsimonia, la máquina prolonga su ronroneo.

La mujer sudorosa, despeinada, golpetea con las puntas de sus dedos en el mostrador; él espera, ella desespera; duelo de miradas, los de él luchan por la soledad, los de ella por la calidad del servicio.

Ella bosteza y Carlos Sobera, a pesar de sí mismo, entra en la boca de la mujer y ve una campanilla que tiembla al final del túnel, muelas con añadidos metálicos, la lengua blanquecina, mucosa revestida de humedad infecta. Por fin, la mujer cierra la boca, pero sus ojos están llorosos y los limpia con la manga de su suéter, después absorbe con fuerza un fluido cristalino con vetas verduscas que regresa a través de sus conductos nasales, Carlos Sobera imagina que los mocos llegan hasta la garganta de la mujer, se revuelcan con saliva, van hacia el esófago, pero ella, con un ágil movimiento de amígdalas y un carraspeo violento, consigue llevarlos a la boca y en forma de escupitajo preciso aterrizarlos en la cara de Carlos Sobera.

La sentencia aparece en la pantalla: autorizado. Él se salva de sus pensamientos y empapa el sello en tinta negra como el asco, lo coloca derecho, cuidando de no profanar líneas, en el espacio correspondiente. La mujer le arrebató el papel y se va taconeando sin dar siquiera las gracias.

A él no le importa. Tiene prisa de seguir leyendo, quiere acabar el capítulo III, sabe que en el siguiente seguro hay asesinato, ese prefiere leerlo en su casa. Son las 2:52, en ocho minutos será libre. Regresa la vista al libro, página 37, mi mente me sorprende... mi mente... me..., aquí, tercer párrafo:

Mi mente me sorprende.

Apenas piso la calle y mis pulmones ya están llenos de porquería, siento cómo me penetra el humo, en esta maldita ciudad sólo se respira mierda. Un camión pasa por la calle, el ruido del motor ordena el cambio de velocidad, pero el imbécil chofer se tarda en responder. Un niño pasa corriendo a mi lado, me empuja, puaf, seguro no se lavó las manos después de cagar esta mañana, ya debe de haber dejado su caca en mi pantalón.

—Fíjate —le grito.

El escuincle me mira y sigue su camino con indiferencia. Un tipo con pantalones de mezclilla está parado frente a un carrito de *hot dogs*, paso a su lado justo cuando va a ponerle salsa a la salchicha, lo empujo y se mancha la camisa blanca de rojo tomate; caracol, retumba en mi cabeza, me siento más tranquilo. Disculpe, le digo y me voy sin siquiera voltear a verlo.

Tengo hambre. Guardo la maleta en la cajuela de mi auto. Ocho minutos para las diez, aún me queda tiempo para desayunar, camino un par de cuadras y entro en una cafetería. Escojo mesa, en la esquina, lejos de los demás comensales.

—¿Podrías cambiar el mantel? —la mesera me mira como si le hubiera pedido que me la mamara.

—Está limpio —me imagino su chicle pegado en mi vello púbico, me dan escalofríos.

—No te estoy preguntando si está limpio, te estoy pidiendo que lo cambies.

La perra de la minifalda quita el mantel y se va bamboleando el trasero. Me gustaría rebanártelo, dice Él dentro de mi cabeza, y se

me antojan unos huevos con jamón. Los pido.

—¿Algo más?

—Jugo de tomate y café americano —ordeno y le guiño un ojo. Ella me ignora, pero se va sonriendo. Él me muestra imágenes dentro de mi cabeza: labios azulados, esfuerzo inútil por captar un poco de aire, un silbido-gemido en la garganta, la cuerda alrededor de su cuello, sus ojos verdes turbios de miedo, los músculos tensos. Siento una punzada en el miembro. Miro el reloj, la hora se acerca, doy un sorbo al café.

—Está frío —le digo y la estúpida del escote en V se lo lleva.

Trae una nueva taza, sirve directamente de una jarra humeante. Espera mi reacción. La observo, sólo la observo, le cuento cinco mascaradas al chicle y después me agacho para verle las pantorrillas. Ella da media vuelta y se aleja.

Voy a dar un trago, pero veo esferas minúsculas de grasa flotando en el líquido negro y después, el colmo, restos de lápiz labial sobre el borde de la taza. Llamo a la puta de zapatos blancos. Ella viene con un gesto de fastidio que le va a costar mucho más caro de lo que cree. Me ve, la miro; ella espera retadora, yo sólo la miro; el silencio la incomoda y se da por vencida:

—¿Diga?

No gasto mis palabras, sólo le señalo hacia el inexplicable ribete rosa en la cerámica blanca de la taza. Ella entorna los ojos, seguro necesita lentes.

—¿Qué? —me desafía la engreída con delantal blanco.

—Éste no es mi color de lápiz labial favorito.

—¿Eh? —se acerca y por fin ve la mancha— disculpe en este momento se la cambio —y la altivez se le va en un tris.

—Con que la cambies, por segunda vez, no gano nada. ¿Tú me vas a quitar el asco? Si lavan así los trastes, qué me puedo esperar de lo que comí, ¿le quitaron una orilla verde al jamón?, ¿sacaron el agua para el café del inodoro?, ¿qué clase de lugar es éste?, ¿un merendero para indigentes? No lo creo, ¿verdad? Yo estoy pagando por un servicio y quiero que me atiendan con amabilidad y sobre todo quiero mi ta-za-lim-pia —la imbécil con sombra de ojos lila está atrapada entre mi cuerpo y la barra. Mientras hablaba, me he levantado, la he ido acorralando, mi dedo índice le golpea la frente, mi saliva le cae en el rostro, pero esa no es toda el agua que veo, en sus pupilas brillan unas lágrimas temblorosas. Todos los clientes nos observan, saco un billete y se lo aviento a la cara.

—¿Está bien?, ¿no esperarás propina? —el terror en la cara de la bazofia con cabello ondulado me relaja; caracol, caracol, la palabra tamborilea entre mis sienes. Salgo del lugar silbando.

Abro la puerta del auto, pero no subo porque me distrae una motocicleta roja que pasa, la monta una pareja; ella va sin casco, él acciona el acelerador y se alejan. Siento dos punzadas y evoco una imagen: las rayas blancas de una carretera, un hilo de lluvia teñida de rojo ondulando en el pavimento, sigo la trayectoria y me encuentro con una masa rosa con vetas violáceas, es algún órgano interno que no puedo definir, viscoso como un caracol, gotas de agua en el cristal, y yo, de trece años viendo a través de la ventanilla, los autos circulan despacio, observo una pierna cercenada aún cubierta con lo que fue un pantalón de piel negra; a lo lejos, una motocicleta, roja, idéntica a la que acabo de ver, incrustada bajo la caja de un tráiler. Esa noche me vine tres veces recordando la cabeza, con largos cabellos rubios y ojos marchitos, que vi junto a la llanta trasera del camión.

Después, cada vez que escuchaba el ulular de una sirena, sentía la necesidad, varias veces tomé la bicicleta y seguí el sonido, sólo para perder minutos después la pista. Entonces, debía buscar algo para compensar esa excitación, primero fue el gato de mamá, la tibieza de su interior me recompensó. Me dediqué a buscar perros callejeros; otras veces, hurté mascotas, me gustaba imaginar que no eran animales, sino sus dueñas, mis compañeras de colegio. Él se volvió un experto, sabía cómo hacer el corte preciso para ver el corazón aún latiendo, los pulmones hinchándose, le encantaba poncharlos con la punta de mi navaja.

Además, me di cuenta de que eso evitaba mi problema, la cacatúa me amenazó con contarle a todos que yo era un bebé que mojaba las sábanas tooodas las noches; pero ella no sabía de mi método para controlarme. Si despertaba durante la noche, sudoroso, con espasmos violentos en todos mis músculos y con las sábanas frías, pegadas a mi cuerpo por los orines, juraba que al día siguiente no volvería a ocurrir, que era hora de dominarlo.

Esa mañana no iba a la escuela, la cacatúa me obligaba a lavar la ropa, a orear el colchón, su risa de pajarraco rechinaba en mis tímpanos. Él buscaba a la presa, un canario, un cobayo, un perro con bucles blancos. La palabra, caracol, caracol, no cesaba hasta que volvía a sentir el calorcito de un cuerpo abierto en canal. A Él le gustaba descargar mi semen sobre el cadáver. Mi líquido es viscoso, como un caracol. El animal se apoderaba de mí, con su boca de ventosa adherida a mi pensamiento, hasta que lograba sacarlo. Por unos días, todo era tranquilidad, hasta que otra vez despertaba mojado y sabía lo que tenía que hacer. Entre mayor era el tamaño de la víctima, mayor era el período de abstinencia. Pero si la cacatúa se ponía impertinente, los deseos se incrementaban.

Entre mis recuerdos he manejado hasta el cine Metropolitano, veo en la marquesina: No hay crimen perfecto, la película de moda, y no

puedo evitar sonreír. Entro a la cafetería, observo las mesas: en una está una pareja, en otra, tres hombres, y en una tercera, una mujer, pero no es rubia; busco a alguna otra, nadie más, es la única mujer sola, ella debe de ser, con que quieres engañarnos, me dice Él, ya veremos quién engaña a quién. Hoy sí todo saldrá como lo hemos planeado. Camino despacio, me acerco a su oído, su shampoo huele a hierbas:

—¿Bety? —le susurro mientras me pregunto de qué color será su ropa interior.